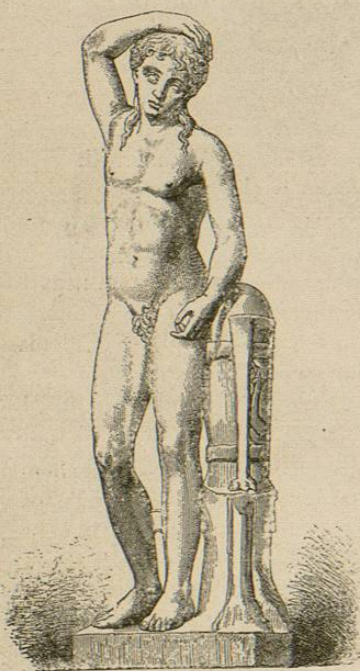


cual hubo de devolver á sus padres los hijos de los principales personajes de la ciudad, que el maestro de escuela le había entregado (394).

Dos ó tres años después, la toma de Nepete y de Sutri llevó la frontera romana, por la parte del Norte, hasta el sombrío bosque Cimino, que se consideraba en Roma impracticable. Las legiones, sin embargo, se atrevieron á franquearlo para atacar á los salpinates y á los vulsinios, que á duras penas obtuvieron una tregua de veinte años, teniendo que pagar un año de soldada al ejército romano (391).

Así, pues, de 450 á 390, los romanos volvieron á tomar la defensiva, y se establecieron en el país de los volscos por medio de sus colonias de Circei y Anxur, y con las de Bola y Labico, ocuparon su territorio contra los ecuos. Pero este pueblo está siempre en posesión del Algido, habiendo destruido á Vitelia que debía cerrarle el paso. Si la cuestión no está aún decidida entre Roma y sus dos infatigables enemigos, á lo menos la posición es ahora inversa de lo que era al principio de este período: el temor y la prudencia han pasado á la parte de los volscos. Fuera de esto, Roma ha tomado un ascendiente más y más marcado sobre lo que queda de los treinta pueblos latinos. Acostumbrados á ser defendidos por ella, han tomado el hábito de obedecerla. La antigua igualdad se ha olvidado, y Roma añade á su territorio el de las ciudades latinas que recobra del enemigo. Al Norte del Tíber puede gloriarse de un brillante triunfo, y la conquista del país veyente ha doblado su territorio. Pero por esta parte, sus mismas victorias la acercan á un



Apolo Pito

gran peligro, como quiera que la llevan al encuentro de los galos, y acaba de perder á su mejor general: en efecto, Camilo estaba desterrado. ¿Cuál fué la causa de este destierro? La orgullosa magnificencia de su triunfo, cuando subió al Capitolio en un carro arrastrado por cuatro caballos blancos, que sólo se unían al carro del Sol, su altivez y el voto que había hecho en secreto de consagrar á Apolo Pito la décima del botín de Veyos, en fin, su oposición al proyecto de los tribunos de trasladar á aquella ciudad parte del senado y del pueblo, hubieron de concitar contra él, según parece, el odio del pueblo. La última proposición era bien peligrosa, porque se hubiera hecho renacer el antagonismo que sólo pudo destruirse á costa de esfuerzos desesperados. Es difícil admitir que se hubieran atrevido á hacerla y todo se explica más sencillamente. Una parte de las tierras de Veyos fué sin duda repartida entre los plebeyos, que hubieron de creer que el senado los recompensaba de sus prolongados esfuerzos, haciéndoles una concesión en propiedad. Camilo habría propuesto someter estos bienes á la décima de la renta, como

tierra arrendada en el *ager publicus*; y de aquí el enojo del pueblo y la acusación formulada contra él á pretexto de defraudaciones (1).

Sus clientes se negaron á dar por él un voto favorable. «No podemos absolverte, decían; pero pagaremos la multa que te sea impuesta.»

Camilo no quiso aceptar esta abnegación que salvaba su hacienda á costa de su honor, y partió para el destierro, sin esperar el juicio del tribunal.

Cuéntase que habiendo pasado la puerta Ardeatina, se volvió hacia la ciudad, y rogó á los dioses del Capitolio que, si lo hallaban inocente, hicieran que muy pronto se arrepintieran de su destierro sus ingratos conciudadanos. Palabras egoístas y duras, que recuerdan por su contraste la tierna y conmovedora invocación de Aristides, pero que los griegos imaginaron para hacer resaltar la verdadera grandeza del héroe ateniense y anunciar anticipadamente el formidable drama de la invasión de los galos.

En efecto, aquel mismo año los galos entraban en Roma.

III. — LOS GALOS EN ROMA (390)

Después de cerca de dos siglos que los galos habían bajado á Italia, no se habían atrevido aún á penetrar en el Apenino; pero flanqueando el Adriático las más aventureras y audaces de sus bandas, iban á ganarse buenas soldadas de guerra al servicio de las ciudades de la Magna Grecia, ó á pillar por su cuenta en este hermoso país. Sin embargo, es de creer que los senones, establecidos desde el tiempo del Soberbio á las márgenes del Esis, no estuvieron más de un siglo sin pensar en la Etruria, que tenían tan á la mano y cuya opulencia conocían. Por esta parte están aún los dos caminos principales que conducen de la Toscana á la Romanía. Al Este de Perugia descende el Apenino, y por muchas gargantas ofrece fáciles pasos: los galos debieron franquearlos desde luego, y esta circunstancia explica el abandono en que los etruscos del Norte y del Este, amenazados por sus turbulentos vecinos, dejaron los del Sur atacados por Roma. El sitio de Clusio no fué sino la más importante y mejor conocida de estas expediciones.

Clusio, construida en una altura cuyo pie bañaba un confluente del Tíber, el Clanis (*Chiana*), había sido en tiempo de Pórsena la más poderosa de las lucumonias etruscas, y estaba aún floreciente y rica de mil objetos de arte: vasos, candelabros, bronce de todas clases, de que hemos encontrado algunos, y que excitaban, tanto como la fertilidad de su suelo, la codicia de los galos. Treinta mil senones fueron á pedirle un día que compartiera con ellos su territorio; pero los clusinos cerraron sus puertas é imploraron el socorro de Roma. Tres embajadores, tres Fabios, envió Roma para interponer su mediación con el enemigo.

«Luego que hubieron expuesto su mensaje al consejo de los galos, dice Tito Livio, contestaron éstos: Bien que por la primera vez oigamos hablar de romanos, creemos que son hombres valientes, cuando los clusinos han implorado su apoyo. No se rechazará la paz que proponen, si á los galos que necesitan tierras, los clusinos que tienen de más, dan parte de las suyas. Donde no, la paz les será negada. Que nos contesten en presencia de los romanos; sino combatiremos á vista de ellos, y así podrán volver diciendo á Roma que los galos superan en bravura á los demás hombres.—Pero ¿con qué derecho atacáis á los etruscos?—El derecho, contestó el breno, lo llevamos los galos, como vosotros los romanos, en la punta de la espada: todo pertenece á los valientes.»

(1) Plinio, *Hist. nat.*, XXXIV, 3.

Los Fabios se indignaron del orgullo de aquel bárbaro, que creía que Roma había hecho poco ruido con sus armas, cuando no había llegado su fama á sus oídos. Olvidando su carácter de embajadores, se mezclaron con los sitiados en una salida, y Q. Ambusto mató, á vista de los dos ejércitos, á un jefe galo, á quien despojó de sus armas.

Luego al punto cesaron los bárbaros en sus hostilidades contra la ciudad, y pidieron á Roma reparación del agravio.

Todo el colegio de los feciales insistió en nombre de los dioses para que se hiciera justicia; pero el crédito de la familia Fabia prevaleció contra todas las consideraciones. Los culpables fueron absueltos, y el pueblo, como poseído de un vértigo, les dió tres de los seis tribunados militares.

A estas noticias, los senones, reforzados con algunas bandas llegadas de las orillas del Po, se pusieron en marcha hacia Roma, sin atacar una ciudad, sin saquear un villorrio, y bajaban á lo largo del Tíber, cuando á unas once millas del Capitolio, cerca del riachuelo del Alia, divisaron á la orilla opuesta el ejército romano extendido en una larga línea, el centro en la llanura, la derecha en unas alturas y la izquierda cubierta por el Tíber.

El ataque comenzó por la parte de las colinas, donde el ala derecha, compuesta de soldados aguerridos, se mantuvo firme; pero el centro, espantado de los gritos y del feroz aspecto de aquellos bárbaros, que les parecían de estatura gigantesca, y avanzaban golpeando los escudos con sus armas, rompió sus filas y se arrojó en desorden sobre el ala izquierda. Todos los romanos que no pudieron pasar á nado el Tíber y refugiarse detrás del fuerte recinto de Veyos, perecieron en la llanura, á la margen y en el lecho del río. El ala derecha, intacta, se batió en retirada sobre Roma, y sin guarnecer sus muros, sin cerrar sus puertas siquiera, corrió á ocupar la ciudadela del monte Capitolino (18 julio 390).

Afortunadamente los bárbaros hubieron de detenerse en pillar, en cortarles la cabeza á los muertos y en celebrar con orgías su fácil victoria. Con esto, tuvo Roma tiempo de volver de su estupor y de tomar las disposiciones que podían salvar aún el nombre romano. El senado, los magistrados, los sacerdotes y mil de los más bravos jóvenes patricios, se encerraron en el Capitolio, adonde se llevaron todos los víveres de la ciudad y todo el oro de los templos. En cuanto á la multitud, muy luego cubrió los caminos y se dispersó por las ciudades vecinas. Ceres (Cervetere ó Cervetri), dió asilo á las vestales y á las cosas santas.

La tarde del segundo día, que siguió á la batalla, se dejaron ver los exploradores galos; pero sorprendidos de ver los muros desguarnecidos de soldados y las puertas de par en par abiertas, temieron algún ardid y el ejército dejó para el día siguiente la empresa de entrar en la plaza.

Las calles estaban desiertas, las casas silenciosas: en algunas de ellas vieron los bárbaros con sorpresa unos ancianos sentados en sendas sillas curules, cubiertos con largas túnicas orladas de púrpura y apoyados en un báculo de marfil, con los ojos fijos y tranquilo el semblante. Eran consulares que se ofrecían como víctimas por la salud de la república, ó que no habían querido ir á mendigar asilo á casa de sus antiguos súbditos. Los bárbaros los miraron al principio con admiración pueril, dispuestos á tomarlos por seres sobrenaturales. Pero uno de ellos hubo de pasar la mano suavemente por la larga barba de Papirio, y este queriendo tenerlo á raya y en respeto, le dió un golpe con el báculo. Entonces irritado el galo le dió muerte. Esta fué la señal de la matanza. Nada quedó ya á vida en la ciudad. Después del degüello, el pillaje, y luego el incendio destruyó las casas. Los bárbaros no habían visto soldados ni aprestos de gue-

rra sino en el Capitolio, y quisieron subir á él; pero en la estrecha y rápida pendiente que allá conducía, pocos esfuerzos tuvieron que hacer los romanos para rechazarlos, y fué preciso cambiar el cerco en bloqueo. Por espacio de siete meses estuvieron los galos acampados en medio de las ruinas de Roma. Un día vieron descender lentamente del Capitolio á un joven romano, ceñido de vestiduras sacerdotales y trayendo en las manos cosas consagradas. Era un miembro de la familia Fabia. Sin hacer caso de gritos ni amenazas, atravesó el campo, subió al Quirinal y ofreció á los dioses sacrificios expiatorios. Después con el mismo sosiego y lentitud, volvió al Capitolio por el mismo camino que había seguido antes. Admirando su valor, ó poseídos de temor supersticioso, los galos lo habían dejado pasar impunemente (1).

Los dioses estaban ya aplacados, y la fortuna iba á cambiar. En su imprevisión, no se habían reservado los bárbaros provisiones ni abrigo: un otoño lluvioso trajo luego enfermedades que los diezaban y el hambre les obligó á recorrer el campo en cuadrillas. Los latinos y etruscos que al principio se gozaron en los reveses y desgracias de sus vecinos, demasiado poderosos, se espantaron á su vez. El mejor general de Roma estaba desterrado á la sazón en Ardea: esta ciudad puso á sus órdenes algunos soldados, y con ellos sorprendió y pasó al filo de la espada á un destacamento de galos. Este primer éxito alentó la resistencia; por todas partes se levantaban los campesinos, y los romanos refugiados en Veyos, proclamaron dictador á Camilo.

Pero era menester la sanción del senado y de las curias para confirmar la elección y devolver á Camilo sus derechos de ciudadano que había perdido por el destierro. Un joven plebeyo, llamado Cominio, pasó de noche el Tíber á nado ó sobre un corcho, rehuýó el encuentro de los centinelas enemigos y ayudándose de los espinos y arbustos que cubrían las escarpadas paredes de la colina, pudo llegar á la ciudadela. Volvió sin ningún mal encuentro y llevó á Veyos el nombramiento que había de acallar los escrúpulos de Camilo.

Pero los galos hubieron de notar sus huellas y una noche muy oscura subieron hasta el pie de la muralla: ya alcanzaban las almenas, cuando los graznidos de las ocas consagradas á Juno hubieron de despertar á Manlio, patricio famoso por su fuerza y valor, que derribó de lo alto del muro

(1) La acción de este Fabio fué acaso menos maravillosa de lo que dice Tito Livio. El Quirinal estaba entonces unido al Capitolio por una lengua de tierra, que después se cortó y que Fabio seguiría. La empresa no fué por eso menos audaz, y hubiera acalado mal, sin la admiración religiosa de los galos.

(2) *Atlas del Inst. Arquel.* de Roma. Chiusi no ha conservado nada del esplendor de la antigua *Clusium*, á no ser los numerosos sepulcros de que ha sacado multitud de urnas funerarias y bronceos adornados con figuras en relieve y monstruos de carácter oriental. Al lado de estos objetos, que no tienen ninguna relación con el arte griego, se han encontrado vasos pintados de procedencia ó imitación helénica. (Dionis., *Etruria*, II, pág. 325-384.)



Candelabro de bronce encontrado en Chiusi (2)

al más adelantado de los asaltantes. La guarnición cubrió muy luego la muralla y muy pocos galos pudieron volver á su campamento.

El Capitolio estaba en salvo, gracias á Manlio; pero los víveres estaban ya agotados y Camilo no aparecía. El tribuno militar Sulpicio trató entonces con el breno, á quien llamaba á su patria un ataque de los venetos y la *molaria* que diezaba á su gente, y se convino en que los galos recibirían por rescate 1000 libras de oro (326 kil. 340 gr.); que les serían suministrados víveres y medios de transporte por los aliados de Roma y que una puerta de la ciudad quedaría siempre abierta.

Para pesar el oro llevaron los bárbaros pesas falsas y como Sulpicio protestara, *Ve victis*, dijo el breno: ¡Ay de los vencidos! Y aun arrojó en la balanza su espada y su tahalí.

Por fin se alejaron los bárbaros. Pero Camilo anuló el tratado con su autoridad dictatorial: ordenó á las ciudades aliadas que cerraran sus puertas y atacaran á los rezagados y á las cuadrillas aisladas.

Durante el bloqueo, que habían mantenido setenta mil galos, numerosos destacamentos habían dejado el ejército para recorrer el país y llegaron hasta Apulia. Cuando volvieron,

CAPITULO XI

HISTORIA MILITAR DE 389 Á 343

I. — REEDIFICACIÓN DE LA CIUDAD; LA LEGIÓN ROMANA

Si el Capitolio se había salvado, Roma estaba verdaderamente en ruinas. Muchos tribunos hubieron de insistir, según se cree, en la proposición de trasladar parte de los plebeyos á la plaza de Veyos, cuyo fuerte recinto estaba, como sus casas, todavía en pie. Pero abandonar los lugares donde tantos recuerdos mantenían el patriotismo, donde habitaban las divinidades poliadas y los dioses domésticos, donde se había fundado el imperio, de donde se había extendido la dominación á los pueblos vecinos; dejar la ciudad soberana por la ciudad vencida ¿no hubiera sido una vergüenza, un crimen para con los dioses y una gran falta política? Así lo decía el patricio Camilo y el senado lo pensó. Un presagio feliz, el *Quedemonos aquí* del centurión que pasaba por el Foro, decidió al pueblo, todavía irresoluto, á restablecer la ciudad.

Un año bastó para la empresa, porque el senado daba el ladrillo, la madera y la piedra, materiales tomados sin duda de Veyos que con esto quedaría demolida. Fué un medio hábilmente elegido para impedir que el pueblo llevara allí nunca sus penates. Esta vez también la perseverancia del senado salvaba los destinos de Roma (2).

Entre las ruinas se encontró el bastón ó báculo augural

(1) Contra la narración de Tito Livio, véase Polib., *Hist.*, II, 22; Suet., *Tib.*, 3; Tac., *Ann.*, XI, 24; *Hist.*, III, 72; Poly., *Strat.*, VIII, 25, que menciona la puerta que los romanos debían dejar siempre abierta, pero que abrieron en un lugar inaccesible, en el mismo Capitolio, la puerta *Pandana*; en fin, Frontino, que habla de los víveres y de los medios de transporte en su cap. II, 6, 1, donde dice que hay que hacer al enemigo un puente de plata.

(2) El proyecto de transferir Roma á Veyos no es probablemente más que una invención de los retóricos que hallaban aquí asunto para elocuentes discursos. Toda la religión, todos los ritos eran contrarios. ¿Qué hubieran dicho Término y Júpiter Capitolino?

había partido ya el grueso del ejército, todo el Lacio estaba en armas y las legiones romanas se habían reorganizado. Así, pues, de estos muy pocos quedaron á vida. Los ceritas pasaron á cuchillo á una banda entera que había caído en una emboscada, y otra fué derrotada por Camilo cerca de una ciudad, cuyo nombre se ha perdido.

Esta narración de Tito Livio tiene también algo de leyenda: es un poema en honor de Camilo. En la época á que llegamos, el fondo de la historia es verdadero; las galas con que se adorna, no (1). Diodoro no sabe nada de la dictadura de Camilo; Polibio refiere que los galos volvieron á la Umbría cargados de botín; Suetonio, que Livio Druso recobró un siglo después el rescate de Roma; otros, en fin, que fueron impuestas duras condiciones por los vencedores. No se podían ocultar la derrota del Alia, la toma y el incendio de la ciudad. El terror de que el solo nombre de los galos llena el alma de Roma hasta el tiempo de Cesar, atestigua durante más de dos siglos que sólo la incuria de los bárbaros había salvado á Roma de una completa ruina. Los analistas se resarcan de esta penosa confesión haciendo de algunas ligeras ventajas sobre los rezagados victorias tan completas, que ningún bárbaro habría escapado á la espada vengadora de los soldados de Camilo.

de Rómulo, las Doce Tablas, fragmentos de leyes reales y algunos tratados. Era todo lo que parecía quedar de la antigua sociedad romana.

Reedificada al azar, sin plan ni dirección, al gusto ó capricho de cada uno, ofrecía Roma en su aspecto material la misma confusión que muy luego debía producirse en el orden político. Al pasar por aquel suelo la invasión gala lo había nivelado; cuando corrió otra vez el torrente, una nueva ciudad y casi un nuevo pueblo aparecieron.

La espada de los bárbaros había hecho grandes huecos en la población, y para llenarlos y prevenir una sublevación peligrosa, se concedió el derecho de ciudadanía á los habitantes del territorio de Veyos, de Capena y de Faleria, y los primeros censores nombrados, después de la retirada de los galos, formaron con ellos cuatro nuevas tribus (3). Era una medida muy grave llamar de una vez tantos hombres á participar de la soberanía y asegurar á los antiguos súbditos cuatro sufragios de veinticinco. Pero Roma no podía salir de otro modo de la comprometida situación en que los galos la habían dejado, y el senado no vaciló ante un sacrificio necesario. Muy luego fué recompensado, porque indudablemente esta concesión influyó mucho en los triunfos de Roma, sin aliados por la defección de una parte de los latinos y de los hérnicos, y atacada antes de salir de sus ruinas por casi todos sus vecinos.

Rehusando pasar á Veyos, se habían comprometido los romanos á levantar á la vez su ciudad y su imperio, y á pesar de las contrarias apariencias, este doble trabajo de reconstrucción no era superior á sus fuerzas. Sus vecinos y sus enemigos habían sufrido también con la invasión de los galos, sobre todo los ecuos, por cuyo país hubieron de

(3) *Stellatina, Tromentina, Sabatina et Arniensis*. (Tito Livio, VI, 5); en 387.

pasar sin duda los bárbaros para ganar la Apulia, y al parecer habían perdido toda su audacia. Por otra parte, estas guerras no eran siempre más que ataques parciales ó mal combinados. Cualquiera que fuera en ciertos casos la superioridad del número, los romanos tenían siempre en su favor esa unidad de sentimientos en los soldados y de dirección en los jefes, que dobla la fuerza de los ejércitos.

Las circunstancias no eran por eso menos difíciles; pero Roma las había atravesado más peligrosas. Camilo, á quien se encuentra ahora sin cesar á la cabeza de las legiones, ganó en esto, con mucha más justicia que en la guerra de los galos, el título de segundo fundador de Roma. En el interior llamaba á los partidos á la unión con patrióticos consejos ó procuraba imponerles la paz con su firmeza; en los campos sus hábiles reformas preparaban la victoria que sus talentos aseguraban sobre el campo de batalla. Ante el impetuoso y espantable ataque de los galos habían huido los romanos. Camilo armó á los soldados de largas lanzas que tuvieron á raya el arrojío de los bárbaros, y de cascos de bronce y escudos rodeados de una lámina de hierro, contra los cuales se embotaban sus mal templadas espadas. Todavía hizo más, y fué cambiar todo el orden de batalla.

El nombre del que creara aquel cuerpo animado y vivo de la legión romana; que supo combinar tan bien en ella las diversas armas, que estuvo siempre en aptitud de vencer en todos los terrenos, á triunfar de todas las tropas y de todas las tácticas; inmóvil y unida enfrente de los rápidos jinetes del Atlas, ó de las desordenadas hordas de los bárbaros; dividida y ligera ante la falange macedonia, ó los carros armados de guadañas y los elefantes de Antioco; el nombre, decimos, del que hizo así de la legión un arma completa nos es desconocido. La experiencia de todos los días, una guerra de montañas y de continuas escaramuzas enseñaron sin duda las ventajas de la división en manípulos sobre la antigua organización en falanges. Pero si algún general contribuyó á este cambio ¿á quién mejor que á Camilo conviene atribuir el honor?

En cuanto á fijar la fecha de tan ventajosa transformación no es cosa fácil, como quiera que faltan los textos. Solamente se sabe que después de las guerras galas, en la batalla del Vesubio, esta división estaba definitivamente establecida. Camilo le debió acaso los numerosos triunfos que salvaron á Roma por segunda vez.

Repetidas veces venció á los volscos, á los ecuos, á los tarquinenses, que no pudieron impedir que los romanos establecieran las dos colonias en Nepete y en Sutri, y no dejó un enemigo entre el Tíber y el bosque Cimino (1). Pero á la orilla izquierda, Ancio, protegida por su posición marítima, Preneste, ciudad rica y poblada, muy fuerte de asiento y casi inexpugnable, estaban en armas y recibían numerosos voluntarios del Lacio. Una victoria del dictador Corn. Coso parece que multiplicó todavía las defecciones. Velitras, Circei y Lanuvio se sublevaron abiertamente. Llevado por la séptima vez Camilo al tribunado militar, á duras penas pudo prevenir grandes desastres. En 379, penetraron los prenestinos hasta la puerta Colina y devastaron todo el país entre el Tíber y el Anio. Alcanzados y vencidos á orillas del Alia por el dictador T. Quincio, perdieron ocho ciudades y pidieron la paz.

Tres años más tarde una batalla, que duró dos días, terminó la guerra contra los ancies, y el tribuno militar Servio Sulpicio libertó á los fieles tusculanos, atacados por los lati-

(1) Nepete estaba situada á 30 millas de Roma y Sutri á 32; el *sallus Ciminius* es la cadena que llaman montes de Viterbo. En Sutri se ven aún las pintorescas ruinas de un anfiteatro abierto en la roca, y al parecer de la época imperial. Sin embargo, sabios anticuarios le creen etrusco (Dionis., *Etruria*, I, 94-97).

nos. Eran éxitos importantes; pero Velitras y Circei no habían sido castigadas aún por su defección; Preneste, Ancio y los volscos, tascaban el freno, mal avenidos con su derrota: Roma no estaba segura todavía de la llanura latina.

A estas guerras se refiere una leyenda que vela acaso un hecho histórico; hecho que los escritores de Roma se han guardado mucho de referirnos. Después de la retirada de los galos, los fidenates ligados con otros pueblos habían penetrado hasta el pie del recinto de Servio, y para retirarse, exigían que se les entregasen las más nobles matronas. La vergüenza, la ansiedad y la indignación poseían todos los ánimos; pero una esclava, cuya abnegación le valió el nombre de *Tutela*, hubo de ofrecer entregarse con las más agraciadas de sus compañeras, vestidas todas de matronas, en manos del enemigo. Los senadores aceptaron la condición, y los fidenates, orgullosos de esta humillación de Roma, la celebraron con una orgía, que se prolongó mucho tiempo. Cuando la embriaguez les hubo cerrado los ojos, la esclava Tutela subió á la copa de una higuera silvestre (2) y llamó á los romanos, los cuales triunfaron fácilmente de aquellos adversarios desarmados.

La Judith latina y las demás heroínas esclavas que la habían seguido al campamento enemigo, fueron luego manumitidas y dotadas largamente á expensas del tesoro público.

Con esto, todos los años, por las nonas de julio, todas las esclavas de Roma, engalanadas con la estola de las matronas y llevando sendas ramas de higuera silvestre, celebraban en el templo de Juno Caprotina una fiesta solemne, y en ella ofrecían un sacrificio á la diosa en memoria de las heroicas esclavas que habían salvado el honor de las damas romanas (3).

II. — VUELTA DE LOS GALOS AL LACIO — MANLIO — VALERIO CORVO

Los senones, que en son de triunfo llegaron á su país, halagados por su victoria y muy más satisfechos con el botín de los romanos, muy luego volvieron á sus belicosas y audaces correrías. En 376 se apoderaron de la importante plaza de Arimino, de cuya ciudad conservamos ases representando un busto galo, que puede reconocerse muy bien por el moztacho y por el collar. De sus hazañas en las costas del Adriático, nada sabemos; pero no habían olvidado el camino del país latino, que habían assolado impunemente por espacio de siete meses.

Veintitres años después del cerco del Capitolio aparecieron otra vez llegando hasta las cercanías del monte Albano, donde Camilo ganó sobre ellos una brillante victoria, gracias á los cambios que había obrado en el armamento de los soldados (367). Polibio no habla, es verdad, de este último triunfo del dictador octogenario; pero también ignoraba otros que la vanidad romana refería largamente. En 361, decían los analistas, acamparon los galos en la vía *Salaria*, cerca de Anio: sólo un puente los separaba de las legiones, y todos los días, un guerrero de estatura gigantesca iba al puente á insultar á los romanos. El tribuno legionario Manlio aceptó el reto, mató al gigante galo y arrancándole su collar de oro (*torques* y de aquí *Torquatus*) se lo puso, ensangrentado y todo, al cuello. Sin embargo, los bárbaros que, al parecer, habían sido llamados por Tibur, Preneste y los hérnicos, que espantaban las renacientes fuerzas de Roma, asolaron todo el país al E. de la ciudad, y pasando entre dos ejércitos consulares, llegaron hasta la puerta

(2) *Ex arbore caprifico*.

(3) Macrob., *Sat.*, I, XI, 35-40.